

Búsqueda de silencio, fascinación por el hermetismo

La piedad

FELIPE GARCÍA QUINTERO
Mantis Editores, Guadalajara,
2013, 245 págs.

FELIPE GARCÍA Quintero es el poeta colombiano más sobresaliente de los nacidos en la década del setenta. Lo atestiguan los importantes premios nacionales e internacionales que sus libros han logrado (Premio Encina de la Cañada, Premio Pablo Neruda, Premio del Ministerio de Cultura de Colombia, Premio Cote Lamus, Premio Universidad Industrial de Santander). Igualmente, se demuestra en la circunstancia de que su obra ha sido publicada en diferentes países como Bolivia, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, México, España, Perú, República Dominicana, Venezuela y Uruguay. *La Piedad*, su poesía reunida entre 1994 y 2013, de hecho ha sido editada en México, en un tiraje de doscientos ejemplares.

La piedad está integrado por siete libros: *Monólogos del huésped* (1994), *Vida de nadie* (1999), *Piedra vacía* (2001), *La herida del comienzo* (2005), *Mirar el aire* (2009), *Siega* (2011) y *Terral* (2013). Ese abanico de libros, producto de veinte años de trabajo, está precedido por un estudio de César Eduardo Carrión que, por su extensión y minucia, se mantendrá durante un tiempo como el mejor camino para acercarse a la poesía de García Quintero. Poesía que, en general, plantea al lector fuertes exigencias para su comprensión cabal. Pareciera que la voz del escritor caucano, al despojarse de las usuales retóricas poéticas, y pretender una desnudez expresiva, tuviese como propósito esencial recogerse en una suerte de hermetismo.

Hay un fenómeno particular que se presenta en esta poesía: un movimiento, como un secreto aleteo, como una respiración queda, como un correr de aguas densas, que va del interior solitario del ser del poeta a su pequeño entorno familiar. Entorno que está no solo conformado por seres humanos, sino también por un conjunto de animales

agrestes. Un rasgo bucólico surge en la última poesía de García Quintero, de manera particular en el inicio de *Siega y Terral*, trazado por vacas, caballos, paloma, gallinas y moscas que corroboran, por un lado, el origen campesino del poeta y, por otro, su vínculo fundamental, como escritor nacido en el sur de Colombia, con la obra de Aurelio Arturo. La vaca sola, cubierta de manchas y revolcada en la luna, que resplandece en los primeros versos de “Morada al sur”, se hermana por ejemplo con “la que muerde la hierba, y su aliento estremece la luz del polvo lunar” de García Quintero. Igual sucede con los pájaros y los caballos que de un poeta a otro establecen una inquietante y lírica comunión.

Es la infancia, su canto entre desolado y rabioso, la que marca el inicio de *La piedad* y vuelve a ella, con más serenidad y calma, en su última parte. Incluso se podría considerar, aunque esto quien lo decide es el lector, que los momentos más intensos de la obra de García Quintero están concentrados en torno a ese primer tránsito de la existencia humana. En *Monólogos del huésped* y *Vida de nadie* aparecen con claridad y fortaleza los motivos que le darán relieve a esta obra: el cielo y los pájaros, es decir, lo inalcanzable y lo contingente, la materia que vuela en lo infinito que es la nada, la palabra en el vacío que intenta plasmar por un instante el secreto del poema. La noche y el árbol, suspendidos en un diálogo de silencios, es otra de las constantes. Dichos motivos, en principio, se despliegan para tratar de definir algunos estados de la infancia. Estados urdidos de abandono y también de revelación: “La infancia es el árbol que niega sus dones”, dice, verbigracia, el poeta. Más adelante aparece uno de los versos que más resuenan cuando se transita por las páginas de *La piedad*: “No soy más que un árbol en el bosque de la intemperie”.

En *Vida de nadie* la familia se estructura con mayor espesor. Aparece el espacio de la casa que no es más que una metáfora de la escritura poética. Hay una mujer joven, una hermana, que se atavía de montaña y el poeta es una voz de pájaros y un cuerpo cubierto de parásitos que intenta unirse a ella a pesar de su separación insalvable. Hay, por lo demás, ecos rulfianos en la visión descarnada del padre

ausente, que prometió volver y nunca lo hizo. *Vida de nadie*, por su potencia expresiva, por su desolado lirismo, y la gran riqueza simbólica que proviene de ese mundo objetivamente tan limitado como es la infancia del poeta, es acaso el aparte más logrado de García Quintero. Sus poemas “Tierra”, “Ojo por ojo”, “Casa de huesos” y “Cielo sepultado” representan, a mi juicio, uno de los puntos más altos y bellos de la poesía colombiana. Aquí el verso se abraza magníficamente con la prosa. Esta hibridez vuelve a presentarse, con la misma densidad y riqueza poéticas, en “Índice del viento”, el último apartado de *Terral*. En *Vida de nadie* hay conclusiones que vale la pena tener en cuenta porque ellas son como los derroteros de esta poética: “Es la escritura; el extravío en lo hallado”, “El perro de lenguaje... desentierra mis huesos”, “todo recuerdo es una ruina”, “la muerte es la madre de la belleza”, “la casa no es abrigo sino pozo cegado”, “aquí la escritura no llama, no alumbrá”, “en mi voz canta un pájaro muerto”, “la memoria es un nido de polillas”.

La poesía de García Quintero, en esta primera parte de su recorrido, habla desde la sombra. Su obsesión es la penumbra y no se ocupa de la luz. Si sucede algún encuentro o epifanía, se nos recuerda siempre que la raíz de estas coyunturas es oscura. En realidad, esta es una obra que aspira solo al silencio y a la oscuridad de la piedra. De hecho, la relación de la palabra poética con la piedra y con el aire, es decir, con la impenetrabilidad y el vacío, adquiere toda su dimensión en los siguientes libros *Piedra vacía*, *La herida del comienzo* y *Mirar el aire*. En este largo interregno de lo que se trata es de develar la escritura. Qué significa escribir poesía y qué es el lenguaje. García Quintero se ampara para emprender esta travesía temeraria en sus referentes principales: Wallace Stevens, T. S. Elliot, Yves Bonnefoy y Carlos Vásquez Tamayo. Son numerosos los pliegues y repliegues de esta poesía que se pregunta a sí misma qué sucede en el fenómeno en que ella misma se crea. “Se escribe para dejar de escribir”, o se escribe para morir o porque se sabe que somos perecederos y solo la nada y el olvido son nuestra única y frágil herencia. A través de poemas o de frases numeradas, como anotaciones que conforman un vasto

RESEÑAS		
<p>poema fragmentado, se va edificando un itinerario cada vez más y más complejo y, en cierta medida, más áspero a la comprensibilidad. Es en estos tres libros, que giran en torno al proceso de la escritura, en donde brota el silencio como objetivo de la búsqueda poética. En ellos se observa con relevancia la fascinación por el hermetismo que envuelve a García Quintero.</p> <p>Cees Nooteboom en su introducción a <i>Tumbas de poetas y pensadores</i> se refiere a la experiencia del hermetismo poético. Justamente, a partir de la lectura de Wallace Stevens, poeta que ejerce una poderosa influencia sobre García Quintero, Nooteboom dice quedarse como absorto y contemplativo en torno a unos versos y al espacio vacío dejado por sus palabras. Luego cita a Elliot cuando este confesaba que al escribir “<i>La tierra baldía</i> le daba igual si sabía o no lo que decía”. Hay entonces, en la historia de la poesía occidental, momentos en que es necesario someter al lenguaje a estos procesos de dureza. Nooteboom concluye: “el lenguaje no puede sobrevivir si no se le permite de vez en cuando ser oscuro e incomprensible, porque debe su posterior claridad precisamente a las aventuras vividas en regiones todavía inexploradas”. Estas palabras sirven para otear parte del universo poético de García Quintero. Como ningún otro autor de su generación, ajeno a las modas que, de algún modo, han impuesto en las nuevas generaciones el reino de la metáfora y el humor de Juan Manuel Roca, la sequedad lírica de José Manuel Arango o el desatado sensualismo confesional de Gómez Jattin, García Quintero ha lanzado su ancla a otras aguas para encontrar otras profundidades. Es muy posible, sin embargo, que confrontar la escritura y hacerlo de la mano de Wallace, Elliot y Bonnefoy traiga como consecuencia provocar un trayecto en el que la oscuridad del sentido impida el goce completo del poema. Porque luego de leerse varias veces determinados horizontes de esta poesía, quedamos como sumidos en una perplejidad al garete y en un incómodo estupor de incomprensibilidad.</p> <p>Así como, según el poema “Índice del viento” “hay cosas que solo se ven con los ojos cerrados” y “otras que no se sienten sino por ser aire”, la poesía de García Quintero se percibe mejor</p>	<p>cuando sentimos su condición de polvo y de vacío, de silencio y de viento. Pero estas circunstancias se abisman en su propia esencia y terminan volviéndose como inasibles a la razón y a la sensibilidad. Aunque, en otras ocasiones, la poesía de García Quintero goza de una transparencia inigualable. Por ello, es motivo de festejo que, pasado ese necesario y forzado tránsito por los ásperos meandros de los procesos de la escritura, su obra haya llegado de nuevo, en <i>Siega y Terral</i>, a las orillas de la infancia, a esos espacios immaculados y llenos de orfandad de la tierra natal. Y que en estos últimos poemas se diga con la claridad indispensable: “Cierta y vana tarea esta incesante batalla de quien es pasajero del cuerpo y aún así canta”.</p> <p style="text-align: right;">Pablo Montoya</p> <hr style="width: 20%; margin-left: auto; margin-right: auto;"/>	